

Conversación con Manuel Rojas

Por Hugo LINDO

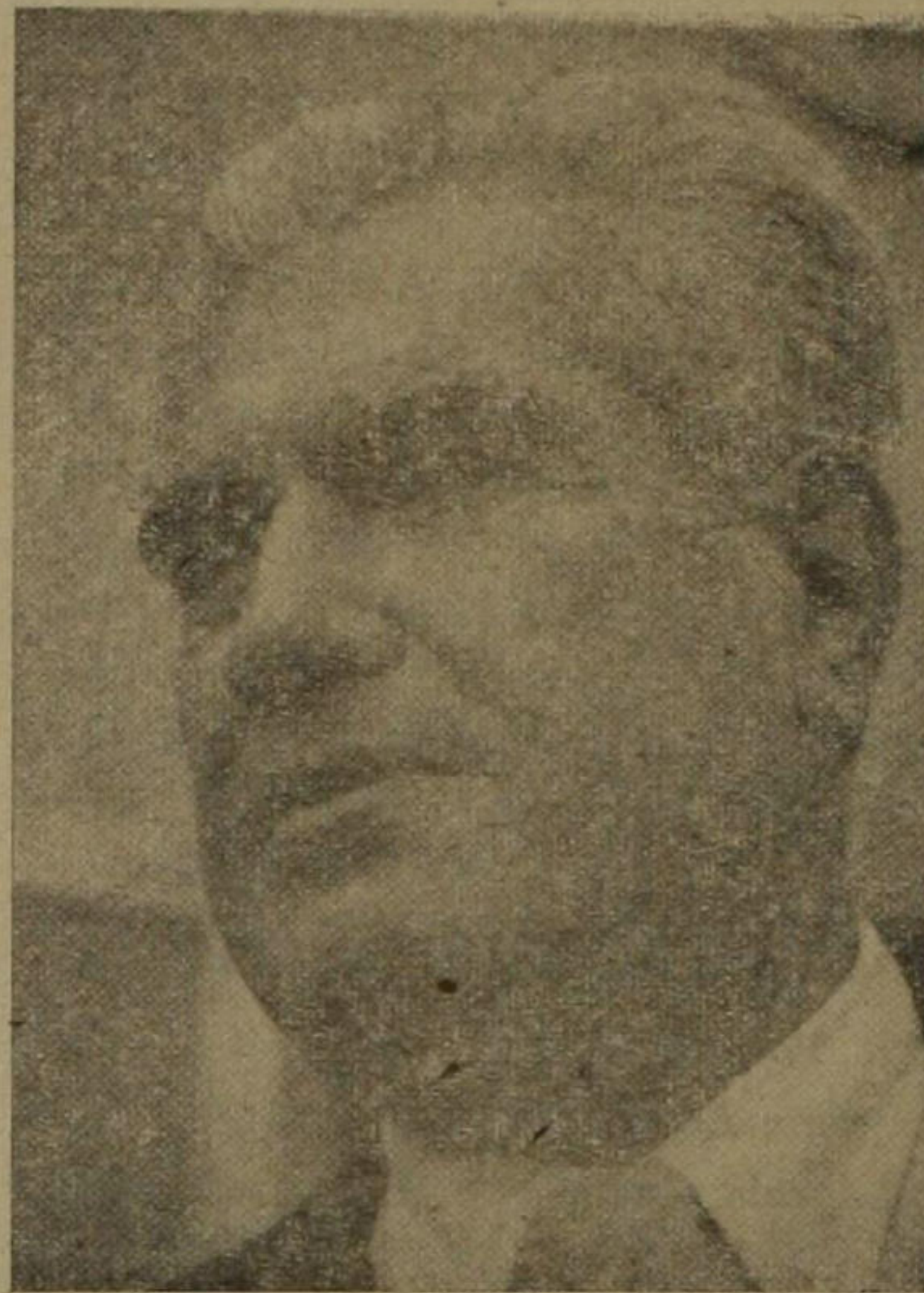
(En Rep. Amer.)

Un jurado, compuesto por el Rector de la Universidad de Chile, don Juan Gómez Millas, el poeta Carlos Préndez Saldías y el crítico literario Ricardo Latcham, acaba de discernir a Manuel Rojas el Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1957. Esta es la noticia. Ayer mismo, fecha del fallo, diéronla a conocer en Santiago los diarios vespertinos. Este año, la pertinencia de lo resuelto no suscitará discusiones, como ha ocurrido otras veces. La única objeción que podría hacer algún descontento —si lo hay— es tan pequeña que ni siquiera vale la pena mencionarla: es la de que Manuel Rojas no nació en Chile, sino en la ciudad de Buenos Aires, el 8 de enero de 1896. En consecuencia, tiene bien repicados, los sesenta. Mas, si es cierto que nació en la capital Argentina, también lo es que sus progenitores eran ambos chilenos de pura cepa. Y que él mismo ha desarrollado en Chile, como chileno, la totalidad de su obra literaria. Nada impide, pues, se le otorgue el premio nacional.

Este premio, como es sabido, no se discierne por un solo libro, por excelente que sea, sino, más bien, por la dedicación de una vida entera al cultivo de las letras. La vida de Manuel Rojas llena este requisito. Ha sido, incluso, una consagración a las letras realizada a contrapelo, batallando contra mil adversidades y triunfando tesoneramente frente a ellas.

Aquí entre mis papeles, descubro ahora los apuntes de una entrevista que le hiciera hacia el mes de mayo del año pasado y que, por estar entregado a otros quehaceres, no había presentado aún "Hoy es el momento", me digo. Y en ella el propio Manuel Rojas hace un recuento de sus vicisitudes:

—...En Buenos Aires estuve hasta los cuatro años. Me vine a Chile con mis padres. Mi padre murió aquí, y quedé solo con mi madre, que tenía por entonces una especie de almacén, por allí por el barrio del Parque Cousiño. Ella me llevó a Buenos Aires con el ánimo de educarme allá. Estimaba que la educación argentina era superior a la chilena, y allá estudié, creo que hasta los 12 o 13 años. Hacia esa época, una grave crisis económica familiar, me llevó al trabajo en unos talleres del ferrocarril central, durante unos tres o cuatro meses. Después nos vinimos a Mendoza, en donde hice de peón y de vendimia-



Manuel Rojas

(1957)

dor, para entrar luego en una oficina que se dedicaba a instalaciones eléctricas. Posteriormente, me fui a trabajar a la cordillera, ya como peón, ya como ayudante de carpintero, hasta principios del año 11... Regresé a Mendoza. Volví a Chile. Tenía entonces dieciséis años. Estuve en Chile desde el año 12 hasta el 21, en que regresé a la Argentina como consueña de una compañía de teatro. Me quedé allí en Buenos Aires trabajando como linotipista, un oficio que había aprendido en Chile. Tuve una señora con quien viví cerca de tres años, y fue entonces cuando empecé a escribir cuentos. Porque yo, hasta ese momento, había sido simplemente poeta... ¿Le interesaría saber cómo empecé a escribir cuentos?

—¡Evidente!... Fue su punto de partida hacia la novela, ¿no?

—Mi punto de partida. Yo estaba en malas condiciones. Me había quedado con una señora y no tenía trabajo. Vagando un día por Buenos Aires en busca de ocupación, vi en un diario que se titulaba "La Montaña", un aviso en que se llamaba a un concurso de cuentos ofreciendo premios de doscientos, de quinientos nacionales... Yo no recuerdo, pero eran sumas que en esa época me parecían muy apetecibles... Pensé entonces en que yo debería escribir un cuento... porque era necesario escribir un

cuento. Como yo había tenido una vida muy accidentada...

Total: ganó un segundo premio. En otro certamen de la época, volvió a ganar un segundo premio. Ya estaba lanzado en la narración, con un trasfondo vital de experiencia y de dolor, que él se solaza en poner de relieve.

—Algunas veces me han preguntado: "¿por qué empezó a escribir cuentos?", creyendo que yo lo hice por afán idealista o espiritual... Y he tenido que defraudar a la gente, porque la verdad es que lo hice para ganarme algunos pesos.

—¿Y de ahí a la novela?... ¿No sabía la existencia en Ud. de posibilidades de novelista?...

—No: no tenía idea de que podía llegar a ser novelista. Lo que pasa es que después de publicar *Hijo de Ladrón*, algunas personas que han estudiado el libro, mis otras obras, mis cuentos, han descubierto que *Hijo de Ladrón* es el resumen de muchos de mis relatos breves. Hay allí muchas experiencias parecidas... O sea que *Hijo de Ladrón* vendría a ser como la ampliación organizada de algunos de mis cuentos. No aparecen los mismos personajes, pero, en fin, aparecen las mismas sensaciones, hechos parecidos a los que ya había narrado...

Esto nos trae como de la mano a hablar del problema de la creación artística y de los métodos individuales de trabajo. Hago una pregunta que él me contesta vagamente, y, no satisfecho con su respuesta, la puntualizó un poco más:

—Digo: en la creación orgánica de su argumento, ¿cómo trabaja Ud.? ¿Usted prevé el argumento completo de su novela?

Baja la recia y canosa cabeza, como meditando, y pasados unos segundos dice:

—No. Nunca. Yo parto generalmente de una experiencia mía o ajena, que tenga alguna relación emotiva, intelectual fisiológica o psicológica conmigo. Es decir, que tenga algo que ver conmigo. Porque hay experiencias humanas que no tienen nada que ver conmigo, y entonces no me interesan. Generalmente hice eso en los cuentos y eso hago en las novelas; en los cuentos, esa experiencia está desarrollada tal como se vivió, agregándole algunos detalles que sirven para equilibrar el total; en las novelas hay más bien una línea, podríamos decir, una